

“...los niños tienden de modo muy particular a frecuentar cualquier sitio donde se trabaje a ojos vista con las cosas. Se sienten irresistiblemente atraídos por los desechos provenientes de la construcción, jardinería, labores domésticas y de costura o carpintería. En los productos residuales reconocen el rostro que el mundo de los objetos les vuelve precisamente, y sólo, a ellos. Los utilizan no tanto para reproducir las obras de los adultos, como para relacionar entre sí, de manera nueva y caprichosa, materiales de muy diverso tipo, gracias a lo que con ellos elaboran en sus juegos. Los mismos niños se construyen así su propio mundo objetual, un mundo pequeño dentro del grande”.

Revisions Clorindo Testa
Walter Benjamin
Visions d'actualitat

* Verdades ficticias y
Ficciones verdaderas



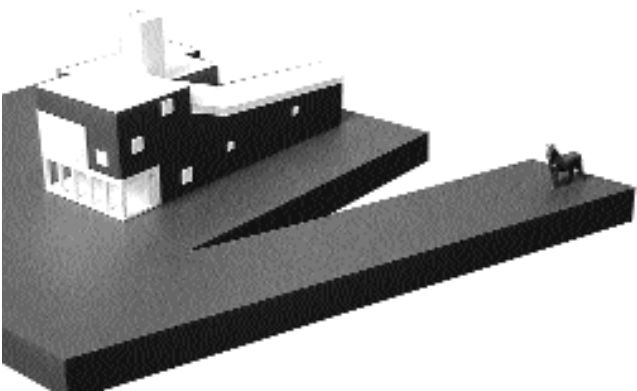
* Sobre el artículo acerca de Clorindo Testa página 107 de visions 1 y desplegable.

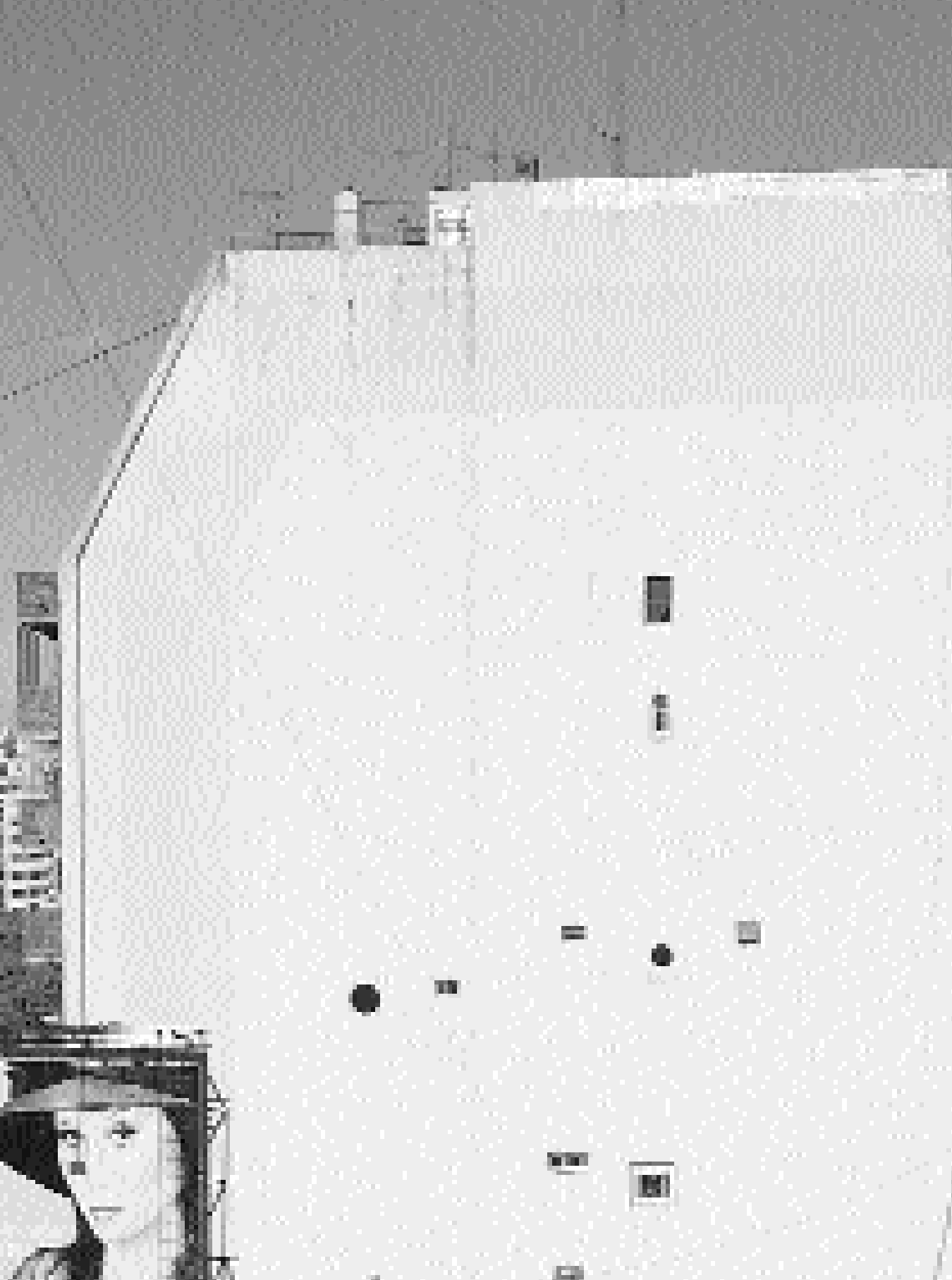
Podrían pasar por ocurrencias, eventos recordados al azar en esta ocasión particular. Pero escuchar en la Universidad de Morón⁽¹⁾, por segunda vez, la conferencia que Clorindo Testa había pronunciado unas semanas antes en el Museo Nacional de Bellas Artes, permite darse cuenta de que las palabras aparentemente casuales y el tono informal y desprevenido de la primera conferencia, se repiten en la segunda con insospechada precisión. Esto revela una consecuencia y una intención en un discurso y unas imágenes que al principio parecían sólo ordenadas por la casualidad, la oportunidad o el travieso humor que Testa utiliza como recurso de desconcierto y sugestión.

La segunda presentación, revelando la meditada precisión de palabras e imágenes, obliga a mirarlas ya no desde el plano de la sorpresa que domina la primera vez, sino desde una actitud más reflexiva, que se detenga en los detalles y repare en las conexiones entre imágenes notablemente dispares.

Por lo pronto, surge claramente que Testa ha dejado atrás un capítulo de sus certezas interiores, el tema de la catástrofe y la tragedia, que explotara en la violencia cromática y formal de sus cuadros de quince o de veinte años a esta parte. La peste en Ceppaloni, con las ratas dominando los cuadros, la Explosión de la Casa de la Moneda, rememorando la tragedia indígena en el Perú; la Ceniza sobre Herculano, o más cercanamente, la Muerte de Garay en Santa Fe o la Fiebre Amarilla de Buenos Aires Son estos todos temas que encuentran certeza en el dolor y la catástrofe. Una incuestionable autenticidad queda a la vista en el dolor que el destino imprime en la tragedia.

Pero ahora se percibe un interés de Testa por lo casual. ¿Dónde está la verdad?, no en largos razonamientos o prodigiosas demostraciones. Estos pueden engañarnos con los juegos especulares de la dialéctica, el silogismo o la tautología. Puede manipularse con el engaño y la conveniencia interesada, pueden deformarse por el entusiasmo, los celos o la vanidad.





Pero la casualidad, como el destino, no tiene autor. Sólo es producto del devenir, de esa tiranía irrecusable del tiempo que teje la historia de un modo y no de otro.

No teniendo dueño, la casualidad se presenta como incontaminada, digna de nuestra confianza, siempre verdadera. La ficción tiene autor, pero no pretendiendo pasar por verdadera, hasta un cierto punto también se muestra cierta, ella misma. En este sentido casualidad y ficción comparten una autenticidad original. Ambas se nos aparecen como sinceras, más libres del sesgo que da la intención. Ajenas a la manipulación, aunque la ficción literaria sea siempre posible medio de un metadiscurso; aunque en ambos casos subsista la posibilidad de un montaje, de una falsa casualidad o de un discurso interesado en otros fines que los que deja ver.

Coincidencias

Advertimos que, con sus imágenes aparentemente desprevenidas, Testa nos cuenta casualidades y ficciones. Son ellas argumento del desarrollo de sus proyectos: cuadros, montajes o edificios. Casualidades, encuentros, presunciones, accidentes que ya no son trágicos. Coincidencias sin consecuencias mayores, salvo la sugestión que despierta ese instante irrepitable.

Apenas el encuentro improbable, allá por los años 40, en una caminata por un lugar remoto de la geografía de Cerdeña, con una persona que se suponía viviendo en Roma, para quien un año antes un amigo en Buenos Aires le había mandado saludos; Testa encuentra en un extremo de la isla a sólo tres personas, una resulta ser el tal Pignatelli. O un caballo desprevenido que pasta frente a la casa que Clorindo construyó pasando el pueblo de Pilar. Estos acontecimientos parecen despertar la poderosa certeza de la casualidad y, pareciendo a cualquier otro insignificantes, para Testa adquieren la trascendencia de lo incuestionablemente cierto. La importancia suficiente

para conservarlos por años en la memoria o registrarlos luego en obras. Construirá entonces la maqueta de la casa (ya terminada) con un caballo de juguete delante, que replica el que la casualidad pusiera en su cuadro visual un día cualquiera, uniendo para siempre el destino de casa y caballo; y convirtiendo a la maqueta en una obra más completa que la casa. Temas que emergen una y otra vez en edificios, cuadros, incluso conversaciones. En casualidades y ficciones, Testa encuentra una razón más irrefutable para inspirar sus proyectos. Y también para justificarlos, para darles un sentido.

Su más reciente object-trouvé es la medianera de un edificio entero, pero no una encontrada tras largas caminatas ni en una paciente búsqueda. No una especial, sino esa medianera que ve desde su estudio, más precisamente desde su sillón y su ventana. Testa se deleita describiendo la azarosa posición de unas ventanas abiertas clandestinamente por distintos propietarios. Ellos no ven el resultado de lo que han hecho desde dentro, pero Testa sí, y describe meticulosamente la disposición de las ventanas: una fila vertical se cruza con otra horizontal, y en ese punto preciso hay una ventana redonda en vez de cuadrada. Señala esto con irónico humor, insinuando una lógica misteriosa. El meticuloso relato, que parecía casual en la primera conferencia, señala la importancia que Testa da a una forma azarosa, pero precisa. Es el azar lo fascinante de una disposición que por accidente se vuelve virtuosa. La coincidencia entre forma y ubicación torna el simple azar en destino.

Ficción

En la reciente exposición en el Cabildo de Córdoba (Octubre 2003)⁽²⁾ Testa colgó unos grandes cuadros que figuran ser los planos de un imaginario jesuita-arquitecto del siglo XVIII, Don Francesco. Sus obras no fueron nunca construidas, porque inevitablemente pierde todos sus encargos a manos de su talentoso competidor, el jesuita Bianchi⁽³⁾, verdadero arquitecto



to, autor del Cabildo de Buenos Aires, la Iglesia del Pilar, el convento de Santa Catalina de Siena, de la fachada de la catedral de Córdoba, entre otras importantes obras. En la ficción de Testa, Don Francesco pierde siempre los encargos a manos de su más talentoso competidor, salvo en una ocasión, en que gana la capilla ubicada entre Colonia y Carmelo, Uruguay. Una ruina inconclusa que hoy podemos visitar, cuya foto exhibe Clorindo como prueba. Todo esto da motivo a los cuadros de la exposición, que figuran los casi siempre frustrados planos de Don Francesco: para la fachada de la Catedral de Córdoba, e incluso uno para una capilla en 9 de Julio, que no es otra cosa que una recreación del verdadero proyecto que el mismo Testa hizo para esa capilla. El deliberado enredo mezcla al verdadero Bianchi con el ficticio Don Francesco, sus ficticios planos con una verdadera capilla inconclusa cerca de Carmelo; las iglesias imaginadas con las verdaderas, proyectos no realizados de Clorindo, con proyectos ficticios, tampoco realizados por Don Francesco. Un juego de espejos donde ficción y realidad, proyecto y obra, Don Francesco, Bianchi y Testa se reflejan mutuamente hasta confundirse en un laberinto borgeano. “Ahora quizá se construya”, agrega Testa al final, refiriéndose a su proyecto para la capilla de 9 de Julio, como si toda esta evocación voliese más probable ese destino.

Acrópolis imaginario

La conferencia salta a una foto curiosa, una serie de maquetas que parecen un imposible acrópolis griego y seguidamente una foto del propio Testa con un sombrero de papel sobre su cabeza, pero este sombrero tiene la forma de un templo griego. Se trata de una reseña de su reciente participación en la Escuela de Arquitectura de Barcelona en la Universidad Politécnica de Cataluña⁽⁴⁾. Invitado a un taller, propuso construir un acrópolis colectivo con los proyectos de los alumnos. “Construya usted su propio Acrópolis”, explica, se inspiró en el recuerdo de una muestra a la que había sido invitado con otros pintores, donde cada uno debía construir su propio sombrero. Clorindo hizo el suyo de cartón, con la forma de un templo griego.

Sólo un corto texto en su característico estilo naive sirve de presentación al ejercicio académico: “Construya usted su propio Acrópolis” empezó hacía finales de los años 80 cuando construyendo, no un Acrópolis pero sí un sombrero, participé en una especie de instalación viviente, donde un grupo de pintores construyó cada uno su propio sombrero. El mío era un templo griego. Después todos juntos nos sacamos una foto.

Algunos años después, para una exposición junté varios sombreros y todos juntos se transformaron en un Acrópolis. Tiempo después participé en el Concurso para el Museo de la Acrópolis de Atenas donde mi conocimiento sobre el tema me permitió obtener una mención. Me pareció interesante, cuando estuve en Barcelona, ver las distintas respuestas a pedido de construir cada uno su propio Acrópolis y ver si todos éstos juntos podían llegar a formar un solo Acrópolis. El último que yo construí fue el año pasado para mi última muestra. Ahora está en casa y el gato Bill duerme sus siestas en la plaza. El templo de la izquierda tomó la forma de su cabeza y el de la derecha está ligeramente mordido”.

Testa se preocupa en subrayar que la idea surge del sombrero, y se detiene en los azarosos destinos de las maquetas, hasta en la marcas que su gato ha dejado sobre la obra. El acrópolis resulta otro lugar imaginario que se confunde con el verdadero Acrópolis por pura casualidad. Cuando en 1992 es invitado para el concurso del Museo de la Acrópolis de Atenas⁽⁵⁾ gana un premio: “Mi conocimiento del tema me permitió ganar una mención” dice Testa con una sonrisa que apenas se dibuja en su boca. Con actuada inocencia detalla todos estos azares, cuya modestia los exime de pretensión. Estos obtienen certeza de su propia insignificancia. Obtienen significado de su no significado. Y con ello se liberan de la sospecha universal que ha rodeado al arte en general y a la arquitectura en particular. Testa parece romper la trampa de la inevitable simulación a la que se refiere Baudrillard⁽⁶⁾, aquella que ha convertido al arte en una parodia, un gesto en el que ya nadie, o pocos, logran creer.

Vidas paralelas

Una foto del proyecto para el concurso de la sede de la Lotería Nacional en los años 80, es el motivo de otra historia compleja, llena de personajes diversos y lugares distantes, gente que no se conoció pero cuyo destino está unido, incluyendo, claro está, el del propio Testa y sus recuerdos. El arquitecto Morra⁽⁷⁾, autor del viejo edificio de la Biblioteca Nacional en la calle México, (y otras obras importantes como la Escuela Roca) ha recorrido el mismo camino que Testa. Porque siendo oriundo de Benevento, para llegar a Nápoles (necesaria salida de un viaje a América) debe pasar por el valle Caudino, donde la cadena de montes que lo encierra semeja una mujer acostada, y que por ello son llamados “La Durmiente del Sannio”. Como Benevento está próximo a Ceppaloni, ciudad natal de Testa, ambos necesariamente han recorrido el mismo camino, Morra en el siglo pasado, y Testa a comienzos de éste, siendo muy

niño. También los une el hecho de haber construido, ambos, edificios que fueron sede de la Biblioteca Nacional⁽⁸⁾. Pero el edificio que proyectó Morra tenía por destino original el de sede de la Lotería Nacional, aunque luego fuera ocupado por la Biblioteca. Dice entonces Clorindo: “Cuando se llamó a concurso para el proyecto de la Lotería Nacional (en los años 80) me presenté, porque lógicamente debía ganar”, siguiendo la simetría con el colega Morra. Incluye en el diseño una forma que se inspira en “La Durmiente del Sannio”. Pero el conjuro, si acaso lo fuera, no resulta. “No gané”, aclara, como subrayando, sin decirlo, lo azaroso de tales paralelos, lo absurdo del destino o de sus pretensiones. Corta conclusión que despierta la risa del público, que capta en el aire la doble ironía.

Aunque la nueva Lotería Nacional nunca se construye, “La Durmiente del Sannio” reaparece finalmente en otra obra: el concurso que gana para la ampliación de la sede del Colegio de Escribanos⁽⁹⁾ y que construye en 1999. La rampa para que los autos desciendan al subsuelo es techada, no de la manera convencional, sino por una forma sinuosa de color verde claro, “es la Durmiente del Sannio”, dice Clorindo en tono de confianza, “pero por supuesto no les dije nada a los escribanos”, aclara, dejando ver la intimidad de la razón de esa forma y el escepticismo respecto de su efectividad como argumento.

Ficciones verdaderas

Ficción y casualidad, azar y coincidencia, se revelan como lo más probablemente cierto. El destino puede ser absurdo, las ficciones pueden ser caprichosas, pero no nos engañan. En su cruda o ingenua inmediatez, son sinceras. Ficciones verdaderas que Clorindo hace su argumento. Casualidades y coincidencias que toma, no tanto como augurio, sino como certeza. Cuanto más simples sean, tanto mejor, más lejos de la pretensión y la impostación. Más lejos de la sospecha de un mundo manipulado por la adulación y la dependencia del éxito. Más lejos del rito devaluado, del mito de la creación.

Testa no recurre a la ficción de la racionalidad ni a la ficción de la función. No recurre a la ficción de lo universal. Tampoco a la ficción de la historia a que se refería Eisenman en “El fin de lo clásico”⁽¹⁰⁾. No recurre a una nueva ficción del arte ni de la arquitectura, sino a la simple sensatez de reconocer la ficción en la ficción. Ficciones verdaderas. Clorindo no nos miente, no nos adula ni nos complace, simplemente nos revela que se trata de casualidades y ficciones.

Ficciones verdaderas que se contraponen a verdades ficticias: actuada admiración, actuada erudición, actuada indiferencia, actuada modestia, actuado éxito. En la sociedad del espectáculo que nos anticipara Debord⁽¹¹⁾, todos los gestos parecen actuados, como todas las obras parecen actuadas. Pero lo que es peor, ya no pueden no parecerlo, incluso las que no lo fueran, parecerán fingidas.

Verdades fingidas para suscitar nuestro asombro, escándalo o admiración. Fotografías aduladas por el Photoshop revelan imposibles mujeres de perfectas pero artificiales facciones. Artefactos de alta fidelidad reproducen música esterilizada de todo error de ejecución por poderosas técnicas invisibles; dudosos reality-shows nos consuelan con su actuada autenticidad de laboratorio. La complacencia del confort y el entretenimiento artificial nos adulan con falsas ciudades pobladas de virtuales autómatas, previsible perfumes, el elaborado estándar de lo agradable. Los museos de vanguardia nos ofrecen la garantía de Lo Nuevo. Finalmente, ¿cómo huir de las verdades ficticias, que para complacernos o para engañarnos nos ofrece todos los días la industria del éxito? Hacia la casualidad y la ficción. Ficciones verdaderas con las que Clorindo Testa elude la posmoderna fatalidad de la impostura y la simulación.

FERNANDO DÍEZ

Arquitecto y secretario de redacción de Summa + Buenos Aires

1 “Comunicación y Crítica de la arquitectura en los últimos 30 años”, Universidad de Morón, Noviembre 2003

2 La muestra fue curada por Laura Batkis

3 Giovanni Andrea Bianchi trabajó en Buenos Aires y Córdoba entre 1717 y 1740, año de su muerte, en la Córdoba Argentina. Puede verse Sobrón, Dalmacio H., “Giovanni Andrea Bianchi, un arquitecto italiano en los albores de la arquitectura colonial argentina”, Corregidor, Buenos Aires, 1997

4 Master de Arquitectura Crítica y Proyecto ETSAB, UPC, con la participación de Clorindo Testa, Ricardo Flores, Antonio Ledesma, Lucía Mazzaglia y Eva Prats; “Workshop Clorindo Testa”, Visions 1, Febrero-Mayo 2003 p.107 y Desplegable

5 con Juan Genoud y Juan Fontana; véase Glusberg, Jorge, “Clorindo Testa, Pintor y Arquitecto”, Summa+Libros, Buenos Aires, 1999, p.190

6 Puede verse Baudrillard, Jean. “Cultura y Simulacro”, editorial Kairós, Barcelona, 1978

7 Carlos Morra, autor del edificio de la Lotería Nacional (1903), que el gobierno de Roca pone a disposición de la Biblioteca Nacional mientras el edificio está todavía en construcción. El mismo Morra lo adapta para este destino. Aslan, Joselevich, Novoa, Saiegh, Santaló; “Buenos Aires, Monserrat 1580-1970” IPU, Buenos Aires, 1992

8 Testa, Cazzaniga, Bullrich, 1962

9 Con Juan Fontana y Estudio Sevi, ver Summa+42, Abril-Mayo 2000, Buenos Aires

10 Eisenman, Peter, “The end of the Classical: the end of the beginning and the end of the end”(Perspecta 21, 1984) en Hays, Michael, “Architectural Theory since 1968”, MIT Press, 1998

11 Debord, Guy, “La sociedad del Espectáculo”, La Marca, Buenos Aires, 1995 (París, 1967)